

CARTA DE UN JESUITA VIEJO AL PAPA JESUITA

▪ Jesús Vergara Aceves* ▪

Han pasado ya dos meses de tu elección y aún no salgo de mi asombro: ¡que hayan elegido papa a un jesuita!¹ Este otro jesuita octogenario se ha estado preguntando qué nos quiere decir el Señor con esto.

Por lo pronto, quiero compartirte, por si te ayuda, una pasión, un sueño y algunas tareas pendientes.

-
- * Es licenciado en Filosofía por el Instituto Libre de Filosofía en México; licenciado y doctor en Teología por la Universidad de Innsbruck, Austria, y doctor en Filosofía por la UNAM. Tiene estudios posdoctorales en Filosofía y Sociología en la Universidad de Toronto y la de Chicago.
1. El 13 de marzo de 2013 se eligió al cardenal argentino Jorge Mario Bergoglio, de 76 años, como el papa número 266 de la iglesia católica. El sumo pontífice, el primero surgido de América Latina, es miembro de la Compañía de Jesús desde 1969. Eligió el nombre de Francisco en honor a Francisco de Asís, un santo al que se identifica con la paz, la pobreza y un estilo de vida sencillo.

1. Una pasión

Mi pasión es por llegar a vivir, como los primeros apóstoles, al Jesús de Nazaret tal como nos lo narran los evangelios. Esa pasión por Jesús de Nazaret me evoca e integra a la primera intención que tuvo San Ignacio al fundar la Compañía de Jesús: ser compañeros del mismo Jesús de Nazaret dispuestos a ir por todo el mundo, por indicación concreta del romano pontífice, para anunciar el evangelio en la forma más eficaz y en los lugares que, a pesar de su conflictividad, prometan más fruto espiritual.

Uno de los frutos más importantes que he obtenido de los estudios ignacianos es el redescubrimiento de la intención primera que tuvo San Ignacio de Loyola al fundar la Compañía de Jesús, de lo más profundo de la espiritualidad ignaciana, como se patentiza a lo largo de sus *Ejercicios Espirituales*: la entrega total al servicio del anuncio del reino en todo el mundo—universo, “Porque el bien cuanto más universal es más divino”.

En consecuencia, la primera intención de la Compañía de Jesús es entregarse totalmente a ese servicio universal del anuncio del reino, tal como lo hizo Jesús de Nazaret, por el mundo—universo, especialmente donde haya mayor necesidad: “el que quiera venir conmigo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Esta entrega del jesuita se realiza con la ayuda del romano pontífice. Porque el papa, como pastor universal, tiene un conocimiento constante del mundo entero y es el que mejor puede señalar al jesuita dónde hay mayor necesidad y urgencia de anunciar “el reino del Padre”. Como se consta por la lectura de los evangelios, esta expresión compendia toda la Revelación que Cristo nos hace: vino a revelar ese reino y darlo en toda su vida, muerte y resurrección.

San Ignacio decide entregarse totalmente a esta misión, a este ideal, pidiendo a los primeros jesuitas el voto solemne de obediencia al mandato del papa en servicio del mundo—universo.

2. Un sueño

El sueño que tengo es llevar ese mensaje del Evangelio hasta las entretelas más íntimas del hombre de hoy.

Quiero compartir contigo, querido Francisco, los aspectos del hombre en el mundo actual, en lo individual, en lo social y en lo cultural.

2.1 En lo individual

El hombre de hoy ha perdido notablemente su libertad; se ha convertido en un administrador u operador de lo que mandan los poderes económicos y políticos globalizados. Debe rendir en su trabajo de operador, que es tan acelerado que no tiene tiempo para vivir, desde el sentido común, la sabiduría que le fortalece su capacidad de libertad.

La sabiduría es ese saber desinteresado que da la vida cuando se mantiene una apertura de conciencia a los demás, al cambio de los tiempos y a las reflexiones de sentido común. No es, pues, un saber científico que se demuestre; son opiniones amplias sobre la vida y el hombre, de manera que se mantiene siempre lo más abierta posible a las experiencias humanas. Si hacemos una comparación fotográfica diríamos que es la apertura de la cámara a un gran angular que abarque todos los detalles de la escena.

Entendemos la libertad como una capacidad de elegir ante la realidad, de tomar decisiones ante acontecimientos y actitudes para volverse más humanos y comprometidos. La libertad se mueve ante distintos valores en su crecimiento, pero, por su debilidad, puede también escoger los antivalores que destruyen. La libertad, pues, implica un conocimiento racional de las situaciones y una elección ante los valores o contra los antivalores para rescatar la vida y hacerla más humana.

San Ignacio de Loyola, en las circunstancias históricas que le tocó vivir del paso de la edad media a la moderna, es pionero en recuperar la sabiduría y la libertad que lleva el hombre dentro de sí. Ayudado e impulsado por *la devotio moderna*, siente especialmente en sí y en sus compañeros la necesidad de abandonar el racionalismo de una escolástica ya decadente y revitalizar la riqueza interior; percibiendo las muy amplias inclinaciones de la conciencia, el discernimiento en ellas y la hondura de la libertad humana que puede tomar decisiones plenas.

Desde esta completa comunicación de conciencia, San Ignacio puede edificar su espiritualidad, especialmente el discernimiento de las mociones interiores. Procede desde un movimiento que contrasta con el del hombre de hoy; del amplio conocimiento interior nace la sabiduría humana que hace posible el ejercicio de la libertad. Según esta dialéctica, San Ignacio de Loyola es el antídoto de la globalización que esclaviza al hombre, hasta lograr que solo ejecute lo que se le manda.

De aquí se comprenderá un poco más por qué la tradición actual sobre los jesuitas insiste en acusarlos de que siempre buscan “escapatoria” a ejecutar lo mandado en el interior, tanto de la iglesia como de las naciones.

2.2 En lo social y cultural

Esta globalización cada vez más poderosa está siendo estudiada, como tú papa Francisco bien sabes, por los filósofos del desarrollo de las dinámicas históricas. No me refiero, pues, a la historiografía, sino a la dinámica interior que se va dando con el avance de la historia.

Los entendidos la miran como la oposición entre los elementos de auténticos valores humanos y los inhumanos. Cuando en esta tensión prevalecen los primeros se dice que hay un progreso histórico, un creci-

miento cultural; en cambio, cuando dominan los antivalores se habla de decadencia histórica.

El presente, ¿se mira como un progreso o como una decadencia? No faltan pensadores que sostienen que los elementos inauténticos pesan cada vez más, y hacen inclinar la balanza hacia la decadencia; apuntan a la creciente injusticia económica entre los países ricos y los países pobres, a una infelicidad humana que, desesperadamente, busca superarse pero que encuentra caminos de inautenticidad como la diversión superficial, el alcoholismo, la drogadicción, hasta llegar a la violencia inhumana, como por desgracia repiten las noticias con frecuencia, particularmente en la prensa, con casos aun psicóticos de asesinatos de inocentes y del suicidio del mismo asesino.

La espiritualidad ignaciana no se queda solo en el interior del individuo; acompaña también la dinámica de la historia del mundo y exige estar siempre atento al momento presente. Con estas escasas pinceladas del futuro de la historia quiero, querido hermano Francisco, invitarte a que pienses si no es providencial para la iglesia el que te hayan elegido a ti, un papa jesuita que, por vocación, por formación y por práctica de tu apostolado, has estado siempre presente en los actuales cambios estructurales de esta sociedad.

¿No es providencial que un jesuita, con formación ignaciana, elegido papa de la iglesia universal, pueda ayudarla a romper con estructuras pasadas que dañan el anuncio evangélico, y que procure llevar a esta comunidad de fieles a transformarse en sí misma para anunciar el reino de los cielos?

Queda un capítulo todavía más hondo por explorar y enriquecer. Será el fruto de un intercambio profundo e interpersonal que tenga el interior mismo del hombre moderno, en su encuentro con los demás: mantener una conciencia abierta a los otros, sin prejuicios precautorios

de estar frente a un probable enemigo en la lucha por la vida y de cerrarle las intenciones más hondas de su interior.

Esta disposición, profundamente evangélica e ignaciana, es la condición de posibilidad para formar una conciencia social poderosa que fortalezca a la sociedad misma.

3. Tareas

Papa Francisco, me atrevo a compartirtte los principales puntos que veo que hay que cambiar, tanto en el Vaticano como en la Compañía de Jesús. Si me permites te indicaré, en primer lugar, los cambios que me parecen necesarios para la Compañía y dejo para el final el problema más difícil y hondo que es el de modificar el Vaticano.

3.1. Compañía de Jesús

En vida misma de San Ignacio se vio que era necesario institucionalizar esa vocación original. Los compañeros de Jesús confirieron el carácter de institución eclesiástica a la Compañía de Jesús. Aunque el jesuita era libre para obedecer solo al papa, la institucionalización eclesiástica fue condicionándolo, poco a poco, para atender a otras muchas cosas que no eran directamente el bien más universal y más divino, y encasillarse entre lo que la iglesia llama “vida consagrada”. Los compañeros de Jesús se fueron transformando poco a poco en Compañía de Jesús, cada vez más establecida en diversas circunscripciones eclesiásticas. Esta transformación viene desde los años de gobierno del mismo San Ignacio de Loyola.

El ser compañeros de Jesús ha quedado siempre en la espiritualidad jesuítica, como lo más importante, pero coartado por el propio derecho de la Compañía. Con su crecimiento y la dificultad del romano pontífice para los nombramientos de tantos jesuitas, dado su intenso trabajo, la

asignación de esta misión fue dejándose prácticamente al padre general, y esto tuvo como consecuencia restringir, todavía más, la asignación de trabajos en la misión prácticamente solo a la Compañía: a los provinciales y superiores, como se hace en todas las congregaciones de la “vida consagrada”.

Como se ve, la Compañía de Jesús volvió a caer en las estructuras jurídicas de la iglesia: en el Vaticano y en cada una de sus provincias.

3.2. Vaticano

El Vaticano, como institución, ha tenido por siglos un poder universal. Ese poder, sin embargo, no ha sido solamente espiritual sino también social, económico y político. Es un estado independiente, *sui generis*; es reconocido, en esos aspectos, por todas las naciones, aunque se profesen en ellas distintas religiones y creencias.

Esta institución vaticana ha prestado grandes servicios, tanto durante los conflictos de discordancias y guerras entre los países como dentro de una misma nación.

También ha habido movimientos de reacción frente a la injusticia del capitalismo moderno; uno muy notable surgió en América Latina y se extendió por el mundo entero entre los católicos: la opción por los pobres, libre de ideologías, como una inclinación evangélica de la iglesia.

Otra ayuda muy importante han sido las lecturas de muchas comunidades cristianas, que han vuelto, con mayor fidelidad, al Jesús de los evangelios y a tener un mayor conocimiento y seguimiento de él.

Por otra parte, los estudios científicos y multidisciplinarios sobre Jesús de Nazaret son también un aporte invaluable para los cristianos que quieren vivir hondamente su fe.

He notado una deficiencia durante el pontificado de Juan Pablo II: relegó, entre otros muchos mensajes del Vaticano II, el escudriñar “los

signos de los tiempos”, que pretende que la iglesia se adapte a ellos para hacer más comprensible el mensaje evangélico.

Por desgracia, las medidas que ha tomado la iglesia para acercarse al mundo de hoy han sido bastante insuficientes, porque es necesario entregarse con mayor decisión al conocimiento del hombre actual.

Esto es indiscutible, pero también se acentúa, cada vez más, una visión del Vaticano muy unilateral, como un poder económico y político que maneja prácticamente el cristianismo solo como una religión y no como una vida en todos sus aspectos, y se vale de aquella para crecer y obtener más poder. Hay una incredulidad e indiferencia del hombre actual que ya no recibe el mensaje primordial de la venida del reino.

En las manifestaciones religiosas que conocemos, como peregrinaciones y reuniones en las iglesias, hay un fenómeno que quisiera recalcar ahora, dado el mundo globalizado en que vivimos. La historia nos descubre como el fenómeno religioso que aparece en ciertos lugares como una manifestación sobrenatural, a unas personas privilegiadas; de ahí se siguen unas prácticas religiosas que, poco a poco, se van convirtiendo en reliquias. La vivencia desaparece fácilmente y lo que permanece por más tiempo es el rito; eso lo vemos aquí en México, tanto en el cristianismo tradicional como en las religiones indígenas, y por eso decimos que al desaparecer la vivencia religiosa queda solo el rito que se practica, que con el tiempo termina en una celebración popular ya no religiosa. En la actualidad, el catolicismo mexicano nos muestra el crecimiento de un indiferentismo que empieza a verse en la práctica de la vida y que, poco a poco, se va apoderando de los sujetos hasta dejarles solo algunos cuantos ritos religiosos que puntualmente obedecen. Un ejemplo muy doloroso del cristianismo religioso es la asistencia dominical a la eucaristía; todavía hay masas que aún no abandonan del todo la religión, que asisten a la misa dominical y a la celebración de otros sacramentos como el bautismo y el matrimonio, pero que ya su vida es totalmente independiente de esa

actitud religiosa. Si esa indiferencia persiste el rito termina por secarse y morir. Hay también, en mucho menor grado, el fenómeno complementario, pues hay gente que nunca ha ido a misa y que en una eucaristía bien compartida tiene un llamado hondo a revivir la religión y disfrutar del amor de Dios y de los prójimos. En la actualidad, hay varios movimientos renovadores en este sentido.

En todas estas tareas, un papa jesuita puede realizar obras de alcance insospechado. Espero que el Señor te conduzca, ahora que eres sucesor de Pedro, por un discernimiento espiritual para realizar su mayor gloria y el mayor bien de la iglesia y del mundo.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

ISBN 978-607-7808-88-6



9 786077 808886